

dido de América, cuando el Congreso de Panamá se retiró á Tacubaya,—Méjico,—por haberse recibido la falsa noticia de que se acercaba una escuadra española, América y Europa olvidaron á los miembros del Congreso, bien convencidas de que las declaraciones que allí se hicieran no habían de influir ni

entonces ni nunca en el desarrollo y porvenir de América.

La América para los americanos no fué bastante á impedir la restauración monárquica en Méjico hecha por Francia, ni la expedición de España, Francia é Inglaterra á dicho país.



Oldenburg: Cruz y placa de la orden del Mérito de Pedro Federico Luis



CAPITULO LIII

LA MONOCRACIA DE BOLIVAR

Posición de Bolívar.—La catástrofe.—Bolivia y el Código Boliviano.—Venezuela.—Los colombianos en el Perú.—Formación de partidos en Colombia.—La Convención de Ocaña y sus consecuencias.—Los colombianos en Bolivia.—Tendencias monárquicas de los colombianos.—Separación de Venezuela.—Disolución de la Colombia.—Fin de Bolívar.—Bolívar y Washington.

BOLIVAR después de la batalla de Ayacucho que le ganó Sucre, apareció á los hombres del Sud América como el genio tutelar de la América latina. En aquellos momentos no se vió en él más que al hombre que había liberado á Venezuela, Nueva Granada, el Ecuador, el Perú, en donde había conseguido lo que primero no pudo alcanzar Buenos Aires, lo que después no pudieron alcanzar Buenos Aires y Chile unidos. Este entusiasmo sin límites se traducí en los más exagerados actos, y lo que es más de admirar la exageración de sus agradecidos paisanos, atravesó los mares, y en Europa mismo se hablaba de Bolívar como del grande entre los grandes.

Reseñar lo que se hizo en el Perú y Colombia en honor suyo, ocuparía muchas páginas. Estatuas ecuestres, donativos de millones de duros, todo parecía poco, y de todo habría para hablar largo rato. El Alto Perú no sabiendo qué hacer cambió su nombre por el de Bolívar, y al lado de Colombia se puso á la Bolivia, bien es verdad que no era el mayor de los elogios parangonar á Colón y á Bolívar.

Esto es lo que resulta de los éxitos en todas oca-

siones. Los que se jactaban de haber vencido á los hijos del Cid, á los soldados que habían vencido á Napoleón, no veían que su mayor triunfo estaba en haber sabido romper con sus padres y parientes, en haber roto los lazos de consanguinidad con España. Esta decisión, este desapego por la familia, fué el rasgo heroico de la guerra americana. Las batallas que durante todo su curso se libraron, ya lo hemos visto, no son para mentadas como batallas de los hijos del Cid. La mayor parte de las veces la casualidad decidía la victoria. Casi jamás el arte militar.

Obligados los españoles á batirse casi siempre en las peores condiciones, teniendo que apoyarse en fuerzas auxiliares que al menor contratiempo abandonaban las banderas, cuando se descubre el puñado de hombres que en la Plata, Chile, Perú y Colombia sostienen levantada la bandera de España, no puede uno menos de confesar que eran dignos descendientes de Cortés y de Pizarro.

Fuimos vencidos y debíamos serlo, no porque las guerras internacionales y las guerras civiles de la península nos derrotaran en América. Fuimos vencidos porque no era ya posible dominar el nume-

roso continente americano con el prestigio personal. Ahora había que combatir á los españoles establecidos en América, y á estos no se les podía asustar con nuestras máquinas de guerra. La guerra, pues, en América, fué una guerra civil, y por consiguiente triunfó, ni más ni menos, el partido que tenía más arraigo en el país.

Que todo esto no se viera bien. Que en los soldados americanos no se viera más que americanos y no españoles, todo se comprende, lo que no se comprende es que, los Estados Unidos, que Europa, se dejara engañar por éxitos facilísimos, que la familia de Washington se deshiciera de las reliquias del grande hombre y se las enviara á Bolívar por conducto de Lafayette, que en Europa se aclamara á Bolívar como el genio de la libertad, cuando ésta padecía bajo su dominación en todas partes.

El desencanto no se hizo esperar, y con el desencanto la ruina.

Bolívar ofreció su concurso á Chile para que se apoderara de la isla de Chiloe que aun poseía España; Bolívar ofreció su concurso á Buenos Aires para ir á combatir á los brasileños en la Banda. Buenos Aires y Chile aceptaban el concurso del Libertador, pero lo que no aceptaban era su humillación, porque Bolívar lo hacía depender de su sumisión á él. El grande hombre acaba, pues, de dar un paso decisivo en falso. El Libertador podrá serlo vis á vis del extranjero, pero el Libertador se trueca en déspota vis á vis de los pueblos americanos. Pues, ¿cómo habían de aceptar Buenos Aires y Chile el triste papel á que el Libertador había reducido el Perú? ¿Acaso Buenos Aires y Chile no se habían adelantado á Bolívar? ¿Acaso Buenos Aires no gozaba hacía años de un gobierno regular que aun no había podido crear Bolívar en su inmensa Colombia? Y hé aquí el grande hombre. Cuando Buenos Aires y Chile le contestan que aceptan su apoyo, pero no su dirección, el grande hombre les niega entonces su concurso.

¿Qué tiene, pues, de extraño que, cuando bajo el falso pretexto de que habían desembarcado diez y siete mil franceses en la isla de Cuba,—últimos de 1825,—como aliados de España, enviara cuatro mil peruanos á Panamá, se viera en esto por los que ya le hacían objeto de estudio, el medio para influir á su antojo en las resoluciones que se tomaran en el Congreso, y de alejar del Perú, sus defensores naturales para completar la obra de su dominación, y finalmente de tener á mano fuerzas suficientes para imponerse á sus mismos compatriotas? La desconfianza y el temor habían cedido al entusiasmo.

El espejismo había acabado y principiaba la realidad.

Hablábase en los círculos más altos de la política de la posibilidad de ir continuando como hasta entonces. Se sabía por el público que Bolívar había renunciado el millón de pesos que Perú le había dado, el millón de pesos que le había dado la Bolivia, pero el público no sabía, aun cuando algo presentía, que Bolívar había renunciado á todo esto, porque él hacía pagar á las cajas del Estado, lo mismo sus queridas que los viles escritores encargados de enaltecerle en Europa. Todo esto y mucho más se supo después, porque en Bolívar el libertino no se separó nunca del grande hombre ni aun en los momentos más difíciles: ahora que la paz era un hecho, el libertino se veía más que el héroe, y de su reputación y de su integridad, acabó por hacerse lenguas toda América.

Bolívar había resuelto unir á lo que él ya consideraba como sus Estados, el Alto Perú. Buenos Aires entendía que por haber guarecido allí durante tanto tiempo, aunque sin fortuna, le pertenecía el Alto Perú, en tanto esta región que había cambiado su nombre por el de Bolívar, seducida por éste, por su generosidad y por su deseo de hacer del Perú un Estado independiente, caía en las redes del Libertador y se disponía á servirle de escabel para que alcanzase el puesto que su ambición soñaba.

Pidióle la Bolivia á su amo, que éste es el resultado de todas las exageraciones, pidióle una organización política, esto es, una constitución, y Bolívar que soñaba siempre con Licurgo, sacó de su cerebro una constitución que, «había de crear un gobierno fuerte y capaz de navegar por medio de los escollos de la anarquía demagógica y de la tiranía monocrática; que no debía imitar ni el federalismo de la América del Norte, ni el régimen monárquico de Inglaterra; sino que, reproduciendo de una manera libre las instituciones inglesas, estaba destinado á fundar, en lugar de la monarquía, un poder electivo vitalicio cuya autoridad había de aumentarse por una subdivisión de los otros poderes del gobierno.

»Bolívar, en la proclama que esto declaraba á los bolivianos, explicaba largamente las razones que hacían que los dos cuerpos legislativos estuvieran necesariamente siempre en desacuerdo; á este inconveniente no quería poner remedio con el «absurdo clásico» de una sola Cámara, sino con un sistema de tres cámaras. Los *tribunos* habían de tener la iniciativa de las leyes sobre las rentas del Estado, sobre la paz y la guerra, de la misma manera que

la fiscalización de los departamentos. A los *senadores* se les encargaría la inspección de los tribunales, la elección de los funcionarios, el proponer los miembros del Tribunal Supremo y los del alto clero. Los *censores*, formando un poder político y moral parecido al de los censores de Roma y al del areópago de Atenas, debían en su cualidad de fiscales del gobierno, vigilar la ejecución de la Constitución y de los tratados, y nombrar los jueces supremos y los eclesiásticos del rango más elevado, eligiéndolos de entre la lista formada por el Senado; siendo responsables los ministros de sus actos delante su autoridad, y á ellos también se concedía la vigilancia de todo lo relativo á las buenas costumbres, á la educación y á la prensa.

Bolivia, en su ciego entusiasmo, aceptó la obra de Bolívar sin discusión, pues no la discutió la Asamblea del país al presentársela, sino que fué aclamada, y de nada sirvió para su advertencia que Sucre, que debía por la Constitución ser el vicepresidente ó el vice-rey, se negara á aceptar tal puesto, pues para Sucre aquella obra, más que ideológica, á pesar de las grandes pretensiones de positivista,—los extremos se tocan,—no era viable.

Ahora era necesario que el Perú se tragase el código boliviano; mas júzguese de la sorpresa de Bolívar, al ver que las elecciones del Congreso, en cuyas manos había de poner su dictadura, daban una fuerte minoría contraria á su política y á su persona.

Aquí el hacerse Bolívar el sentido, el agraviado, el amenazado por sus enemigos, aquí el descubrirle conspiraciones entre los oficiales de los regimientos de Buenos Aires, y el abolir el gobierno peruano las elecciones de los enemigos del Libertador hasta lograr que el Congreso pronunciase su propia disolución, y que cincuenta y dos diputados pidieran que no se nombrara nuevo Congreso hasta el año próximo, y que en el ínterin se consultara sobre las reformas que se habían de introducir en la Constitución.

No podía esperar tanto tiempo Bolívar, y sus partidarios lo dispusieron todo para Agosto. Llegado este tiempo, Bolívar renovó la comedia de su partida y de sus dimisiones en vista de la desconfianza de que era objeto, logrando con ella que los incautos le suplicasen hasta de rodillas que no se marchase, y aun cuando ya desde ahora podía contar con un éxito, no por esto se descuidó, y al reunirse los electores limeños en la Universidad de San Marcos los rodeó de tropas, votando los electores bajo su protección la abolición de la constitución peruana y la adopción del código boliviano. Dicho se está que,

dado este ejemplo por los electores de la capital, los provincianos no hicieron más que imitarles.

Obtenido este triunfo Bolívar continuó desenvolviendo sus planes, y en 15 de Noviembre unió por medio de un tratado la Bolivia al Perú, para llevar luego á entrambos Estados á la unión con Colombia y formar la federación de los Andes que debía tener su Congreso federal presidido por él durante toda su vida.

Todo esto dejaba mucho de ser del gusto de los colombianos que veían acercarse por momentos aquel en que se les pediría la abrogación de su código constitucional y la adopción del código boliviano, y el vicepresidente Santander contribuía á fomentar ese disgusto, pues balanceaba entre su amistad con el Libertador y sus deberes políticos. Sin embargo, cuando Bolívar le consultó, le respondió que no entendía apartarse un ápice de la constitución.

Como sucede siempre en ocasiones parecidas, los hábiles no dejan de encontrar á mano una muletilla que hace efecto en la opinión, siempre más cándida de lo que se cree, y con la que consiguen ocultar su juego. La muletilla era ahora los armamentos de España, los envíos de gente á Cuba y Puerto Rico para empezar una guerra de reconquista, la cooperación de los franceses en todas estas cosas, lo cual constaba no ser cierto; pero diciendo que una nueva y terrible campaña era inminente, se formaba un partido alrededor del dictador que reclamaba un gobierno fuerte para salvar la patria. Así mientras en Caracas, Bogotá y otros puntos crecía la agitación política en defensa de las constituciones y gobiernos nacionales, Guayaquil, bien trabajado, declaraba, en vista de los veintidos mil hombres que ya España había transportado á Cuba para empezar la guerra, «que el pueblo de Guayaquil recobraba su soberanía, y ponía su ejército en manos de Bolívar, el padre de la patria, el centro de todos los corazones, á quien se autorizaba para convocar la grande Convención colombiana, á fin de decidir definitivamente el sistema que debía adoptarse para la república», esto es, la adopción del código boliviano.

Quito siguió este movimiento, y Santander, para quien no era desconocida la parte que tomaba el Libertador en tal agitación, le escribió lo que pasaba, diciéndole que la disolución del país era inminente. Entonces Bolívar abandonó el Perú y el día 14 de Noviembre se reunía en Bogotá con Santander, quien le repitió que no entendía, como le había dicho ya, separarse para nada del terreno constitucional.

La situación en Venezuela se complicaba; pero para un político como Bolívar, no ofrecía grandes dificultades su desenredo. En primer lugar Páez, que tanta importancia le podía dar, era una nulidad completa en política, y por esto mismo ve en Bolívar á un Bonaparte y le insta para que haga su camino, poniéndose al frente del movimiento federalista de Caracas después de haberlo combatido.

Dicho se está que el federalismo colombiano era separatista en el fondo. Ni Venezuela, ni Nueva Granada, querían saber nada con la confederación de los Andes, y Venezuela acabó por romper la unión proclamando su independencia.



SPRING RICE

Nada, ni nadie le resistió, y así al llegar á Puerto Cabello,—1.º de Enero de 1827,—se apresuró á dar una amnistía completa, y aun lo que es más, confirmó en los puestos que el pronunciamiento federalista de Venezuela había dado á Páez y Mariño, á estos dos hombres que por este solo acto, volvían á ser sus más entusiastas partidarios. Páez, en particular, estaba como loco por haber faltado á su amigo, y pedía á voces y por escrito un Consejo de guerra que juzgara la falta grave que había cometido separándose de su amigo y jefe. Bolívar procuró convencerle de que sus faltas no tenían la gravedad que él suponía, y el buen llanero se sometió.

El único que no se sometió fué Santander, que continuaba siendo un neo granadino resuelto é intratable.

Bolívar pudo creer en este momento en su triunfo; durante unos días pudo contemplar casi constituida su confederación ó imperio de los Andes, como decían otros, pero las obras que se fundan en la vio-

Es en este preciso momento cuando Bolívar autorizado en Bogotá para todo, sale al encuentro de Páez haciéndose preceder y seguir de un ejército de proclamas en las cuales protestaba de las opiniones realistas que se le atribuían y de su intención de construirse un trono.

Produjo esta actitud pacífica y democrática del dictador un efecto indescriptible en los pueblos, que le recibían con un entusiasmo incomparable, poniéndose todos á sus órdenes, de modo que iba desorganizando la insurrección á medida que iba acercándose á su centro, con sólo su presencia entre los enemigos.

lencia no son duraderas, y Bolívar aun cuando sólo empleara su gran prestigio personal, no dejaba de ver un hombre que quería meter á los pueblos que había libertado dentro del molde de su famoso código boliviano.

Así sucede que, mientras él somete á Venezuela, los suyos libertan al Perú.

Las tropas colombianas que estaban en Lima, trabajadas por la mala voluntad que les demostraban los limeños que persistían en no ver en ellas más que extranjeros, y por las noticias que recibían de su patria, se sublevaron contra el dictador, proclamaron la libertad é independencia del Perú, y se ofrecieron al gobierno de Bogotá, que aceptó su concurso, pues Santander se apresuró á escribir á Bustamante, jefe del movimiento, que aprobaba todo lo hecho y que le cubriría desde luego con su autoridad.

Libres los peruanos, pusieron al frente de su gobierno á Santa Cruz, dándose prisa á abolir la cons-

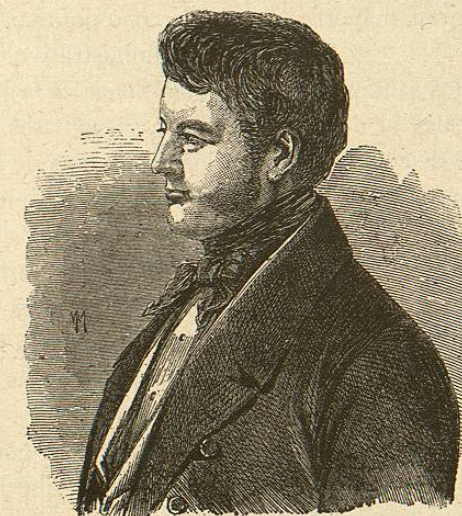
titución boliviana que ya sabemos cómo fué proclamada, apeando de la presidencia á Bolívar,—4 á 11 de Junio de 1827.

Santa Cruz procuró hacer salir cuanto antes á los colombianos del Perú, á cuyo efecto los embarcó para Guayaquil, en donde se presentó Bustamante con su gente, dividida en dos cuerpos, precedido de una proclama,—6 de Abril,—en la cual declaraban que se habían separado de Bolívar á causa de sus manejos monárquicos.

Aun cuando Florez, gran amigo de Bolívar, mandaba en Guayaquil, no pudo impedir que esta ciu-

dad recibiera á Bustamante como un amigo,—16 de Abril,—pero a su vez Florez sedujo á las tropas de aquél y le puso preso, pero sin que por esto pudiera hacer cosa de provecho porque la división peruana, hasta tanto no fué disuelta por el mismo Florez, ora se ponía de un lado ora de otro, originándose no pocas cuanto inútiles desgracias, para acabar todo en la anarquía, dejando el Guayaquil abandonado á su suerte.

Cuando Bolívar se enteró de lo que pasaba en el Perú, se apresuró á salir de Venezuela y se presentó en Bogotá en donde estaba reunido el Congreso de



BROTHERTON

1827, dividido en dos partidos irreconciliables, el de Bolívar y el de Santander, esto es, el de los centralistas y el de los federalistas.

Qué clase de elementos componían la masa de uno y otro partido, son bien de ver. Con Bolívar todo el elemento oficial, el elemento militar y los extranjeros que habían sido llamados á Colombia por el dictador. Con Santander estaban todos los enemigos personales de Bolívar, los particularistas y federalistas, y también todos los constitucionales sinceros que pedían el respeto de la Constitución de Cauca.

Bolívar se presentó en Bogotá y envió al Congreso su dimisión, que acompañó con todas las protestas y profecías que tan buen resultado le habían dado en Perú y Bolivia, acto político en alto grado, pues obligaba á hacer lo mismo al vicepresidente Santander, lo que no excusó, haciéndolo en lenguaje digno y levantado, protestando de su respeto por la ley del país. El Congreso no se dejó fascinar, y aun cuando una minoría enérgica sostuvo que debía ad-

mitírsele á Bolívar la dimisión, el Congreso por cincuenta votos contra veinticuatro la rechazó. Esto hubiera sido un triunfo para Bolívar, aun con la discusión y todo, si la dimisión de Santander no hubiese sido rechazada por mayor número de votos, pues sólo cuatro diputados votaron que se admitiera.

Continuando el Congreso su obra, el día 19 de Junio dió un decreto por el cual le quitaba al gobierno los poderes extraordinarios que le tenía concedidos, reservándolos para sí mientras estuviera reunido, y por último en 8 de Agosto dió á Bolívar el golpe de gracia, reduciendo el ejército á diez mil hombres, lo que hizo prorumpir á éste en amargas quejas contra Santander y el Congreso.

Interin, se habían celebrado las elecciones para la Convención encargada de ver qué modificaciones debían introducirse en la Constitución, y esta convención iba á reunirse en Ocaña, que era el punto que había designado Bolívar. El triunfo fué de Santander y de los suyos, lo cual apenas visto por los